

Sergio Espinosa Proa,
Tragedia y paradoja del ser mortal, Zacatecas, Universidad Autónoma de Zacatecas, 2008.



EL PENSAMIENTO DEL TIEMPO TRÁGICO

¿Qué se esconde tras la premisa que desde tiempos socráticos escuda los reveses de la razón, tras esa sentencia que dicta que “filosofar es aprender a morir”? La prosa desenfadada y profunda de Sergio Espinosa Proa en *Tragedia y paradoja del ser mortal* trajina un tema medular del pensamiento filosófico: la muerte, para dilucidar que frente a su carácter irresoluble de lo que se trata en el fondo es de un determinado posicionamiento respecto al tiempo.

La historia del pensamiento occidental pulula alrededor de la

paradoja que significa pensar (desde) la finitud, auténtica tragedia del ser mortal. Ahí es donde la filosofía bifurca su camino, por un lado al intentar salvar la muerte, por lo que usa la encrucijada del tiempo como un trampolín a la inmortalidad, y, por otro, con un pensamiento trágico que acepta incondicionalmente la finitud y se sumerge en el plano del instante.

Sin más, toda sentencia corresponde a algo, se dicta contra algo. Si filosofar es aprender a morir, hay inevitablemente un algo que muere a pesar del pensamiento, a saber: un cuerpo. Sin embargo, precisamente “no hay lugar para un cuerpo del lado de la muerte”, esa es la trágica imposibilidad

de guardar relación alguna con la muerte, pues ella es el límite de lo que un cuerpo puede, merced lo cual la consciencia de la finitud adviene como una herida abierta por la que sangra y corre el cuerpo al tiempo que (se) desgasta.

Es la concepción mítica del padre Cronos que engendra y engulle su creación. El instante, que en el tiempo que acaece ha dejado de ser, porque “el tiempo no *es*, el tiempo *se da*. Al darse, *da lugar* al ser. Pero ese dar lugar es también un dejar, un cesar de dar lugar al ser [...] El tiempo es el paso repentino de la nada al ser. Y es justamente ese movimiento, esta transición, este *corte*, aquello de lo cual cada hombre, cada mortal, cobra conciencia”.

Ante la tragedia y paradoja del instante, el ser mortal zanja un insalvable abismo entre la postura del pensamiento salvacionista y la del pensamiento trágico de la vida. Dependiendo del bando que se tome será el resultado de aceptación incondicional de la finitud, o visión asfixiante de la huida, pues “el miedo a la muerte es el miedo al tiempo”. En este segundo plano, el sistema de la fe transgrede la experiencia sacra del instante, para simbolizar la muerte como

una ventana a otro mundo, purificado de finitud: el espacio divino, el alma, el orden y el progreso. El más allá, la plusvalía: el espacio de lo inmortalizado.

El hombre, no siendo capaz de soportar la existencia en su crudeza,¹ con ayuda de los sistemas teleológicos de medición doble la realidad intentando ponerse a salvo de la finitud del cuerpo. El mayor acto de fe de la humanidad es intentar domar la existencia edificando esferologías: virtualidades, impresiones de sentido por la incapacidad de aceptar la crudeza del instante, lo real.

Lo divino es el instante trasgredido, el tiempo de la inmortalidad: la nada que por la trasgresión ha cobrado vida propia a fuerza de imaginación y se apropia del derecho de uso del cuerpo. La carne se hace verbo. “De la palabra ha sido expulsado el cuerpo, pero esa expulsión no es absoluta y el cuerpo

¹ “*Cruor*, de donde deriva *crudelis* (cruel), así como *crudus* (crudo, no digerido, indigesto), designa la carne despellejada y sangrienta: o sea, la cosa misma desprovista de sus atavíos o aderezos habituales, en este caso, la piel, y reducida de ese modo a su única realidad, tan sangrante como indigesta”.

queda como embalsamado, como encofrado dentro de la palabra. Cada signo es un sarcófago”. La palabra devuelve el cuerpo a la nada de la que irrumpe, lo mata en vida: cuenta con su finitud y por ello se da el lujo de adelantar su muerte simbólicamente, de quedarse con su esencia para actualizar su potencia, en hálito. Mecánica de la purificación de las almas.

La palabra es la nada de lo dicho, el hálito divino, la transgresión del instante. El hombre, animal simbólico —diría Ortega y Gasset—, teje la infinita telaraña con espectros numéricos de la muerte que sofoca la vida, pues no es posible intentar invalidar la finitud sin reprimir la vida, ya que son las dos caras de Jano.

Gracias a la palabra, el cuerpo sale de sí y se hace hombre, pare el Yo y se apropia de un destino impuesto. “Merced al lenguaje los humanos pueden anticiparse a sí mismos: salir de sus cuerpos. Y también *imaginarse propietarios* de ellos”. Se enseñorea de lo real gracias a un doblez, truncando lo que de hecho acaece por lo que por derecho le pertenece. La arquitectónica de la palabra es el señorío de lo universal, pero, ¿qué le pertenece realmente?

Saber la muerte no le hace morir, pero le permite fincarse ilusiones de salvación, refugios contra la cruda realidad, a costa de sofocar los cuerpos. Así, el cuerpo se ancla y reprime las pasiones, el espíritu de la pesadez invade y el Yo necesita un *pontífice* (puente) que interceda para salvaguardar el alma. Un modelo de control social, perfeccionado por 25 siglos.

El sistema de lo universal emerge a borbotones del pensamiento pantanoso, hasta que paulatinamente los sedimentos petrifican las figuras estrechas que el filósofo toma por esculturas sintéticas y decide sacralizarlas como imperativos morales. ¡Cuántos prejuicios han sido enaltecidos como verdades a fuerza de razones! ¡A esa asfixia del cuerpo le llaman sinceridad del pensamiento! Esta ha sido la regla histórica para tomar en serio el pensamiento. Bajo la lupa del desmembramiento cada parte es un absoluto y la existencia se pierde en un confrontarse seriamente. Hemos anclado la razón instrumental como el quid de lo real y en ella confiamos encontrar verdades angulares.

Tal pareciera que el destino del conocimiento es la valoración de la existencia, el estatismo, la seriedad

intentando fijar límites a lo indeterminado, al instante. Mecánica de la fe que es transferida a los sistemas correctivos del psicoanálisis y demás artificios normativos del sistema capitalista contemporáneo, útiles del Estado. “De Osiris a Lacan, de las pirámides al diván, todo relato y todo símbolo se edifica al pie de una sepultura”. El sistema operativo de la moral duplica lo real, es su falsificación y, por decirlo de algún modo, le oculta. No obstante, algo subyace a ese estatismo. De cuando en cuando el peso del ser mortal cae sobre las esculturas y las devuelve al polvo originario. El instante irrumpe y profana los templos de lo inmortal. Entonces, el pensamiento se convierte en aliado de lo abierto, de lo indeterminado, de lo indecible, eternamente retornante.

La contraparte por antonomasia de la moral (el doblez, el *plus ultra*) no es la inmoralidad, sino la realidad (lo único, lo insignificante). Al sincerarnos con la crudeza de los cuerpos, nos vienen a pelar los dientes todos los constructos morales. “La muerte es esa imposibilidad que en cada instante abre la vida como un abanico, como una herida tierna, como una flor: como un mundo de posibles”. La expe-

riencia mortal es la experiencia de la insignificancia, la aprehensión de que no estamos en el tiempo como seres históricos, sino que somos tiempo escurriéndose(nos), somos cuerpos con todo y su mortal fetidez y el cuerpo “sólo pide otro cuerpo para acompañarse, acaso para frotarse”, para saciar apetitos y hacer sangrar la herida de la vida, para acompañar su particularidad, ante los *pontífices* que buscan beatitud e imploran la introyección de la universalidad.

Merced la metonimia del eterno retorno, las teleologías quedan en *off side*, pues en el juego del tiempo no hay nada más allá del instante sangrante, crudo y real, porque “arrojado al tiempo, el cuerpo no quiere perder el tiempo”, quiere aceptarlo, vivirlo y gasarlo.

“Estrictamente inesenciales, las cosas cuelgan de la realidad como si el pasar no fuera un brinco a la nada”, según nos cuenta Gabriel Márquez de Anda en *El peritoneo de las pipas lívidas*. Aceptar el advenimiento de esa Idiotez de lo Real requiere de un buen ejercicio de embriaguez, una ontología sustentada en lo efímero de la existencia, en la indeterminación del advenir, una literatura acerca de cómo fin-

car castillos sobre la efervescencia de un tarro de cerveza: un pensamiento trágico que celebra bacanales con la alegría de vivir y que, al encontrarse con los prestidigitadores de lo real, aseste la estocada al indagarles: ¿a qué se juega cuando la carne sangra desde la idea? Tal vez sea ese el enigma del *ser mortal*. “No hay nada que aprender de la muerte, como dice Jankélévitch, pero sí del *ser mortal*. Y lo que allí se aprende es a pensar, a mirar las cosas de otra manera, a vivir con más intensidad y con menos culpas y terrores”.

Tal es el viaje al que nos incitan las letras de *Tragedia y paradoja del ser mortal*, dando revisión a

posturas de autores de la talla de Nietzsche, Hegel, Blanchot, Schopenhauer, Kant, Platón, Lezama Lima, Pessoa, Verlaine y Borges. Un libro con la ventaja de una pluma ligera y la riqueza de un pensador enigmático, que en los siete apartados que componen el libro va sembrando la cuestión del *ser mortal* en campos tan variados como la filosofía, poesía, psicología y política, ofreciendo un panorama de revisión histórica certera, pero centrado en el corazón de nuestro tiempo.

Samuel Rosales Márquez
Universidad de Guanajuato